



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

HERCULIANO ZARZUELA
"MELLERY BELGICA"
Acuarela sobre papel 40*30



- Junio Cadima
- Jorge Bucay
- HCF Mansilla
- Juan José Vidaurre
- Giancarla de Quiroga
- Mirta Aguirre
- Freddy Zárate
- Francisco Miró
- Casto Rojas

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXV n° 660 Oruro, domingo 9 de septiembre de 2018



Soneto al "cacho"



Del existir sobre la frágil mesa,
cogiendo el "cubilete" de la vida,
le juega el hombre, a diario, una partida
de "cacho" a su destino del que es presa.

Y al beber de su tedio la cerveza,
diciendo: "bajo", en pos de una escondida
"general" que salve su ansia urgida,
hace rodar los dados con presteza.

Con una "escala" que su intento advierte
y un "full" sin echar "póker" ni "servida"
a veces gana por un "as" de suerte.

Mas, cuando su fatal hora es cumplida,
de un solo tiro, la invencible muerte,
lo deja quieto con su gran "dormida".

Junio César Cadima.
Poeta y escritor orureño, 1921-¿?

La mirada del amor

El rey estaba enamorado de Sabrina: una mujer de baja condición a la que el rey había hecho su última esposa.

Una tarde, mientras el rey estaba de cacería, llegó un mensajero para avisar que la madre de Sabina estaba enferma. Pese a que existía la prohibición de usar el carruaje personal del rey (falta que era pagada con la cabeza), Sabrina subió al carruaje y corrió junto a su madre.

A su regreso, el rey fue informado de la situación.

-¿No es maravillosa? -dijo-. Esto es verdaderamente amor filial. No le importó su vida para cuidar a su madre. ¡¡Es maravillosa!!

Cierto día, mientras Sabrina estaba sentada en el jardín del palacio comiendo fruta, llegó el rey. La princesa lo saludó y luego le dio un mordisco al último durazno que quedaba en la canasta.

-¡Parecen ricos! -dijo el rey.

-Lo son- dijo la princesa y alargando la mano le cedió a su amado el último durazno.

-¡Cuánto me ama! -comentó después el rey-. Renunció a su propio placer, para darme el último durazno de la canasta. ¿No es fantástica?

Pasaron algunos años y vaya a saber por qué, el amor y la pasión desaparecieron del corazón del rey.

Sentado con su amigo más confidente, le decía:

-Nunca se portó como una reina... ¿Acaso no desafié mi investidura usando mi carruaje? Es más, recuerdo que un día me dio a comer una fruta mordida.

Jorge Bucay. Argentina, 1949.
Psicodramaturgo, terapeuta y escritor.



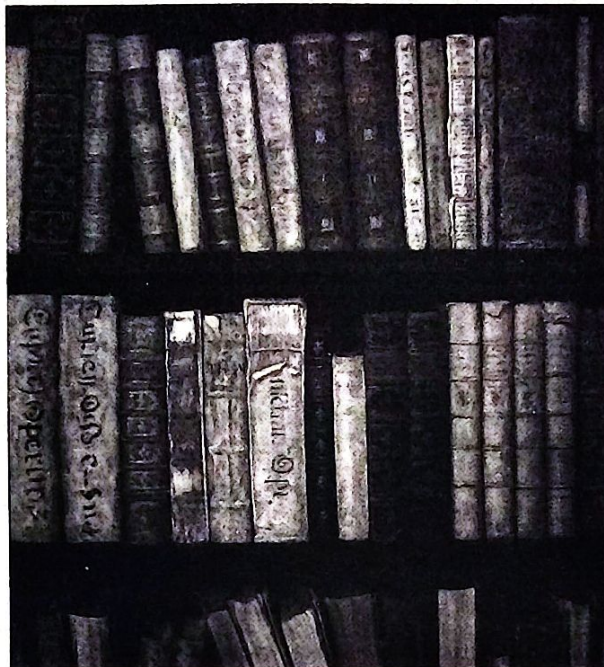

el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
teléfono: 5288500
lurquieta@zofro.com
www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Los libros: mi acceso al mundo

H. C. F. Mansilla *



Los libros, junto con las obras de arte, han representado mi principal acceso al mundo. Cuando era niño recibí las impresiones más fuertes de parte de los libros y las películas, no de experiencias corporales o psíquicas inmediatas. Aprendí lentamente a comprender el universo a través de aquello que los autores nos enseñan mediante sus textos. Por ello regreso de vez en cuando al ámbito de los libros de la infancia y la juventud, y en diálogo con ellos me dedico a recordar y analizar los hechos formativos de mi vida. Creo que mis modestos principios éticos y mis anhelos más profundos fueron modelados por los cuentos de hadas, los relatos fantásticos de los hermanos Grimm, las leyendas de las *Mil y una noches* y las novelas de Julio Verne y Alexandre Dumas, que devoré con gran entusiasmo. Eran los regalos más esperados de mis años infantiles. Estas concepciones morales fueron consolidadas por las obras de la literatura clásica. Para preparar este texto acaricié esos libros después de largas décadas, y sentí otra vez la emoción del primer momento. Salvo excepciones, no los encontré decepcionantes como ocurre casi siempre cuando uno vuelve a ver objetos del pasado lejano, que entretanto han perdido la magia y la importancia de los primeros momentos. Ello se debe, probablemente, a mi convicción de que esos principios morales son superiores y más sólidos que los derivados del relativismo postmodernista actual y de las modas intelectuales del presente.

Nos dice Stefan Zweig: la memoria es una forma de "auto-engaño mágico". Y me digo, aunque sin mucha convicción, que pese a ello hay que permanecer fieles a los sueños de la infancia, los mejores, los más nobles, los que no permiten que la venganza, la maldad y la astucia tengan la última palabra. Esta lealtad es tal vez una forma de superar el auto-engaño mágico y sus curiosas consecuencias. Tengo la firme convicción de que los anhelos de la infancia, constituidos con la ayuda de las obras ya mencionadas de la gran literatura, representan lo más noble y lo máspreciado que nos podemos imaginar.

El acercamiento a la vida a través de los libros y las obras de arte es recomendable por otra razón. En el ya largo curso de la historia los seres humanos hemos alcanzado un alto grado de complejidad, que hace obsoleta toda explicación simple de nuestra existencia. Los buenos poetas, escritores y artistas han resultado ser los mejores intérpretes de nuestra complejidad. Citando las grandes obras de la creación literaria y filosófica es como puedo aclararme a mí mismo el sentido de la existencia. No hay duda de que el invento más glorioso de los hombres ha sido el libro. El aire que emana de las grandes obras no es un viento pesado o anacrónico, sino una corriente cosmopolita, en principio abierta a todo el mundo. Este aire permite soñar, imaginarse un mundo diferente y tal vez mejor. Al mismo tiempo los textos escritos son el asilo más seguro y confiable de los recuerdos. Los recuerdos constituyen probablemente el único paraíso, de cual nadie nos puede expulsar. Los recuerdos son el único espacio de la vida, sagrado e intocable, que se halla por afuera de los golpes del desti-

no y las maldades de los hombres.

Dice Mario Vargas Llosa: no es seguro que los pequeños espacios de civilización (los libros, las obras de arte, las pequeñas cosas refinadas que coleccionamos) puedan a la larga prevalecer sobre la barbarie. Pero estos espacios de la cultura, la literatura, las artes y de la filosofía, "desanimalizan a los seres humanos, extienden extraordinariamente su horizonte vital, atizan su curiosidad, su sensibilidad, su fantasía, sus apetitos, sus sueños, los hacen más porosos a la amistad y al diálogo, y mejor preparados para enfrentar la infelicidad". En cambio, añade Vargas Llosa, el periodismo contemporáneo no tiene hoy la función de informar, sino la de hacer desaparecer toda posibilidad de diferenciar entre verdad y mentira, entre la realidad y la ficción creada por los medios masivos de comunicación, especialmente por la televisión.

El hombre del espíritu, en cambio, es esclavo de su taller, de la tarea que él mismo se impone. Y yo digo: los artistas, los pensadores y los intelectuales vivimos en la soledad, en la lucha permanente con la propia creación, totalmente consagrados a nuestro trabajo y nuestra sagrada misión. Nunca cesamos, por otra parte, de tener cierta envidia a los dilettantes exitosos. El verdadero artista, nos dice Stefan Zweig —uno de mis autores favoritos— se dedica a elaborar y a pensar en aquellas facetas de la existencia que no pudo o no quiso alcanzar y vivir personalmente.

Mencioné principios éticos y anhelos profundos, pero lo hago sin el menor impulso didáctico y sin dramatismo. Vengo simplemente de otro mundo y de otra época, cuando estos valores aún tenían una cierta presencia. No hay duda de que hablo con un énfasis anticuado acerca de la dilución de principios morales, pero es la misión que me han impuesto los libros y las grandes obras de arte.

Sé que caigo en un espíritu melodramático al hablar de una *misión*, pero es lo que me impulsa a elaborar textos a mi avanzada edad y lo que subyace al espíritu de mis propios libros. Hoy en día los libros de ciencias sociales sólo pueden subsistir bajo la forma de un cuestionamiento, es decir como análisis del fundamento de toda creencia y como elemento reflexivo de toda actividad humana.

Mi preocupación principal —que se vislumbra en todos mis libros— ha sido el individuo expuesto a los avatares de las sociedades modernas, la persona sometida al sinsentido de la historia y el destino, el ser pensante topándose con las perversidades del colectivismo y las necesidades de la opinión pública. La promesa de un mundo feliz se ha transformado hoy en la posibilidad de la destrucción ecológica y la regresión histórica. Reivindicó el valor superior del individuo frente a las coacciones manifiestas de los sistemas autoritarios, por un lado, y ante las seducciones sutiles de la industria contemporánea de la cultura, por otro. La pesadumbre y la melancolía, el desencanto y el desconcierto serían entonces el estado de ánimo de toda persona medianamente informada e inteligente. En un raptó de entusiasmo racionalista, Karl Marx exclamó que nuestro deber era cambiar el mundo según los dictados de la razón histórica. Hoy, más humildes, sabemos que nuestra obligación es preservarlo de las pesadillas y las tentaciones de la razón, apoyándonos en un principio de responsabilidad basado paradójicamente en la modestia histórica. Como escribió Hannah Arendt, la fidelidad se convierte en el signo y símbolo de la verdad: "Al término de nuestra vida sabemos que sólo es verdad aquello a lo cual le pudimos conservar la fidelidad hasta el final".

Las grandes creaciones del arte y la literatura amortiguan nuestra tristeza porque nos

ayudan a traspasar el nivel de lo fáctico, lo cotidiano y lo estrictamente útil y alcanzar de este modo el ámbito de lo bello, lo que nos acerca al plano de los valores estéticos poco contaminados por las necesidades de la mera supervivencia. Asevero estas cosas apoyado en filósofos clásicos, lo que hoy es signo de necedad y anacronismo, pero que para mí sigue siendo una conducta aceptable. Creo que la belleza es la expresión de la libertad y la autonomía individual, además del talento artístico, pues las grandes obras de arte son la síntesis de naturaleza y libertad.

Los intelectuales somos casi siempre personas inseguras e insatisfechas. Por ello escribimos. Ese es nuestro punto de honor y gloria y también nuestro cimiento de la tristeza. Esta inclinación libresa tiene sus aspectos problemáticos. Leyendo la biografía de *Erasmus de Rotterdam* por Zweig me digo: Como yo, Erasmo nunca estuvo realmente en contacto con la realidad, pese a su notable sensibilidad y a su predisposición a conocer las cosas. Comprendió el mundo a través de los libros, mediante otros autores o con ayuda de relatos de terceros. Es claramente mi caso. Todo se debió, quizá, a una convicción fundamental de Erasmo: la consciencia de que no se puede investigar y menos conocer el fundamento último de las cosas. Y yo añado: La verdadera y única tarea y vocación moral de los humanistas es sobrevivir manteniendo la fidelidad a los valores éticos, precisamente en las épocas de confusión y fanatismo. Hay que ser imparcial en todas las cosas, hay que tratar de comprender lo extraño y extranjero, y hay que hacerlo con humildad, pero con fidelidad a la gran causa: servir a la comprensión entre los hombres, las culturas y las naciones. Y esto no es lo mismo que pretender averiguar la única verdad.

Escribo mis textos exclusivamente de noche, escuchando música clásica y leyendo al mismo tiempo alguna novela. Qué habitual, qué cursi, qué ridículo, dirán mis enemigos. No soy original, es verdad, aunque trato de parecerlo a cada instante. Entonces me acuerdo de las palabras de Stefan Zweig: la noche siempre incita los sentidos de forma fantástica, confundiendo nuestras esperanzas y enturbando nuestra mente con el dulce veneno de los sueños. La noche nos ayuda a transformar lo increíble en realidad. O por lo menos así me parece. La noche se parece a la penumbra de la renuncia, que, como afirmó Zweig, es la mejor constelación para aquel que ama verdadera y fielmente la vida.

Y así llego a una conclusión provisional. Lo razonable es algo que ha pasado por el tamiz del escepticismo: honor sin gloria, grandeza sin brillo, dignidad sin recompensa, religión sin dogma, calidad sin estridencia.

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
 Doctor en Filosofía.
 Académico de la Lengua.



Nataniel Aguirre, su medio y su obra

Por Juan José Vidaurre P.

La Villa de Oropesa, descendiendo la cordillera de los Andes hacia el oriente, desaparece paulatinamente la agreste naturaleza del altiplano; amenos valles con pintorescas laderas, cristalinos arroyos y vegetación variada. Sus tranquilos moradores matizan el paisaje con sus trajes típicos, rebaños de abundante ganado en amistosa compañía con aves de corral, completan el paisaje cochabambino.

En esa bella región, allá por el año 1574, don Sebastián Barba de Padilla, por orden del Virrey Toledo, fundó la Villa de Oropesa, con el objeto de establecer un centro intermedio entre el altiplano y los llanos orientales, y también para la administración de los fértiles y extensos valles centrales.

Durante la colonia, esta villa acrecentó mucho su población dadas las circunstancias favorables del clima y la fertilidad de sus tierras. Una población animosa se congregó en torno de la villa en un crecimiento lento pero feliz, sin la fiebre de las ciudades que se fundan por la codicia de los descubridores de riquezas, sin la frialdad de puestos poblados sólo por razones administrativas.

Una de las regiones de Bolivia donde el mestizaje produjo elementos de cierto equilibrio ha sido Cochabamba. La audacia y temeridad de los españoles, mitad codiciosos afebrados y mitad místicos, se combinó con la suavidad de los quechuas. De ahí que el folklore contenga elementos graciosamente aderezados. La forma misma de expresarse que los cochabambinos dan a su conversación está saturada de natural y conmovida ternura donde campea la frase cariñosa entremezclada de quechua y castellano.

El habitante de esas regiones tiene donaire para impresionar a las gentes, terminando generalmente por lograr simpatías y beneficios. Sin perjuicio de su entrañable cariño por la tierra, es proverbial su inclinación por los viajes, después de los cuales siempre regresa al solar nativo. Listo, ameno y servicial, se desenvuelve con aplomo sin avergonzarse de su provincialismo, pues es hombre de mundo a su manera. Pero así inquieto, juguetón y cariñoso como lo hemos descrito, no es un indolente; posee espíritu cívico, independencia y coraje. Por su acción junto a todos los Altooperuanos, se logró la independencia en inolvidables luchas sin tregua ni cuartel.

En esos tiempos nació don Nataniel Aguirre, el 10 de octubre de 1843; su vida se desarrolló en la tranquilidad de la ciudad natal. Por circunstancias culturales propias de los países latinoamericanos, la inclinación dominante de los bolivianos es la política. La vida pública tiene para ellos singulares atractivos; y donde un norteamericano o un inglés medios sólo encuentran algo indiferente, el boliviano halla las más grandes pasiones de su vida.

En Bolivia no se distingue tanto a un hombre por ser agricultor, distribuidor de hilos o comisionista, sino por ser conservador, liberal o republicano. Otra de las aficiones incurables del boliviano es la abogacía. Don Nataniel Aguirre atraído por la política, fue diputado y también abogado, pero no "doctor altooperuano". Don Eufonio Viscarra, en el prólogo de "Juan de la Rosa" afirma que Aguirre tenía "aversión al foro".

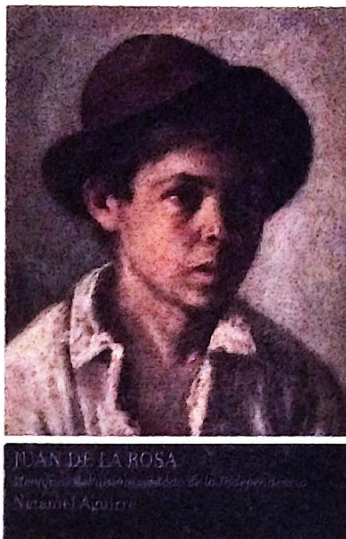
JUAN DE LA ROSA

Esta obra considerada por la crítica nacional y extranjera como la novela histórica de mayor envergadura, merece estudio especial, no sólo por su valor como aporte a la historia de Bolivia, sino también como notable ejemplar de estilo depurado y técnica consumada.

El autor demuestra completo dominio al abordar el tema, con esa seguridad que tienen los escritores consumados.

Apartándonos de la opinión de críticos y comentaristas, estimamos que "Juan de la Rosa" no es solamente una novela

histórica, y en buena parte posee un carácter costumbrista a través de una trama histórica



con tema de inmenso dramatismo psicológico, romántico y social.

En principio, ninguna obra de arte puede clasificarse catalográficamente como se hace con mercaderías o especies vegetales, y más bien el contenido humano y el origen esencialmente individualista de cada producción, rebasa los estrechos límites del casillero. De ahí que, sin prescindir de la característica fundamental, resulta que toda producción participa al mismo tiempo, en mayor o menor escala de varios géneros.

"Juan de la Rosa" siendo una novela de contenido histórico, tiene acentuados rasgos de costumbrismo, y hasta buceos felices en el género psicológico. El personaje principal, Juanito, tiene espíritu sensitivo y peculiares dotes de observación, que sin perder las naturales cualidades de la infancia, posee fina penetración. Envuelto en una serie de dolorosos sucesos públicos y familiares, su espíritu sigue siendo infantil y conserva el bello candor de las almas puras. Obligado por las circunstancias a actuar en los acontecimientos más importantes de su tierra, y sacudido por tristes escenas domésticas, Juan sobrelleva sufrimientos que empero no enturquesen su alma. En ese sentido se combinan la prematura reflexión del niño castigado por su desventura, con la natural ingenuidad de los tiernos años.

Según la ficción de la obra, se trata de las memorias escritas en 1848 por un veterano de las campañas de la independencia en las que tomó parte desde los 12 años, obligado por las circunstancias familiares. En el primer plano está la vida íntima del protagonista. Juanito vivía humildemente con su madre rodeado de impenetrable misterio sobre su origen. Un fraile condujo sus primeros pasos con la lectura del Quijote. Rosita cuidaba del niño con su modesto trabajo de encajera. El fondo de las escenas que sólo domina por momentos, es el alzamiento del 14 de septiembre de 1810 por el cual el pueblo de Cochabamba destituye a los realistas al grito de "Viva Fernando VII".

EL RELATO NO ES ÉPICO

El autor ha preferido la descripción sencilla de un cura y las impresiones de un niño, a las solemnes frases de los historiadores. Don Enrique Finot en su "Historia de la Literatura Boliviana", expresa que esta obra tiene sencillez encantadora sin caer en lo vulgar ni en lo chocarrero.

La impresionante soledad de este pobre niño, y los vendavales de su desventura, mucho nos recuerdan las bellas páginas de "David Copperfield". Así como el pequeño inglés parece nuestro criollo Juanito señalado por el destino a vivir tristemente. Dos mundos opuestos, dos géneros literarios distintos, pero el mismo drama; el sufrimiento de los niños.

¿Acaso Juan podía valorar el escenario histórico para apreciar su infortunio?

Al igual que Dickens, desarrolla Aguirre con acierto y sutileza la compleja psicología de los niños con sus reacciones tan peculiares. Sus reflexiones en medio de la sencillez con verdad y belleza nos traen a la memoria los pliegues más recónditos de nuestros tiernos recuerdos.

Así como "David Copperfield" parece escrito por la delicada sencillez de un niño. "Juan de la Rosa" recuerda cuanto se ha sentido a los 12 años de edad. El niño es casi igual en todas partes; así que, salvando los matices de cultura y el ambiente de la flemática Inglaterra, frente al de la apasionada Bolivia, ambos retratos del alma infantil constituyen un paralelo digno de mencionar.

En cuanto a la intensidad del drama, "Juan de la Rosa", sobre todo en sus últimos capítulos, tiene la influencia del romanticismo, es decir predominio del fondo sobre la forma, poniendo en juego el factor sentimental sobre el intelectual, esto es, el espíritu atribulado de un niño impresiona más que la descripción de los acontecimientos de la emancipación.

Por eso, las lágrimas ardientes que corren sobre el quemado rostro de Juanito cuando abandona la casa de la cruel doña Teresa, para desahogarse en el cariñoso frailecito, son las mismas lágrimas que Mister Murdenstone advierte molesto en el blanco y sonrosado rostro de su hijastro David que, ahogando sollozos va a refugiarse en su cama para continuar llorando sin consuelo por su desventura de huérfano privado de las manifestaciones de cariño de su pobre madre confundida entre dos amores: el hijo y el nuevo marido.

Comentario especial merece la descripción que, en "Juan de la Rosa" se hace de la batalla de Amiraya donde las fuerzas patriotas sufrieron uno de los contrastes más dramáticos frente al entonces poderoso ejército de Goyeneche. Palpitan así los conmovedores episodios de un pueblo romántico ansioso de libertad. Dice Aguirre: "No me creo con fuerzas para describir el equipo de aquellos guerreros y sus groseros uniformes en andrajos... Tales como estaban, como ahora los contemplo en mi imaginación, me parecen mil veces más hermosos que los soldados del día".

El glorioso caudillo don Esteban Arze dirigía las huestes de vallunos con ayuda de Díaz Vélez y Rivero. "Alejo (robusto cerrajero) sollozaba más que yo que era un niño como lo hacen esos hombres fuertes y sencillos, esas naturalezas que son puro corazón".

Sin chauvinismo, esta novela refiere un episodio notable: la actitud de don Francisco del Rivero quien entró en conversaciones con el odiado Goyeneche. Esta actitud aparentemente claudicante, salvó a Cochabamba de mayores calamidades, y Rivero, al sacrificar su propio prestigio prestó al país importantes servicios.

DESENLACE

Es conmovedor el desenlace al conocerse recién, debido a la muerte del fraile que deja manuscritos sobre el antes insondable origen de Juanito. Se aclara que Rosita había sido requerida en amores por dos hermanos de doña Teresa en cuya casa vivía como hija del mayordomo. Carlos y Enrique se disputaban el amor de Rosita produciendo el enojo de los padres de estos muchachos destinados a enlaces con doncellas de familias principales. Enrique, después de convencerse que el elegido de Rosita era Carlos, se interna en un monasterio tomando el nombre de Fray Justo. El padre sabedor de esta situación, envía a Carlos a Buenos Aires para su incorporación en las milicias del Rey. Pero el destino había dispuesto las cosas de otra manera. Palpitaba en las entrañas de Rosita el fruto de sus amores con Carlos, y al saberlo en casa de los soberbios señores de Altamira, el padre hizo expulsar a Rosita "la pecadora". Carlos no llegó a Buenos Aires, y fugó en el camino hasta enloquecer con su pasión frustrada. El loco, que no era otro que el padre de Juanito, fue recluido en una finca donde el niño llegó en el instante que expiraba.

Este desenlace muy propio de las novelas románticas, nada tiene que ver con las guerras de la independencia.

Un extraño concepto de la fe

De "El mundo de Los Deshabitados", estudio de la novela de Marcelo Quiroga Santa Cruz por la escritora, crítica y novelista Giancarla Zabalaga de Quiroga (Italia, 1940)



Marcelo Quiroga Santa Cruz

En "El mundo de los deshabitados" de Marcelo Quiroga Santa Cruz, el Padre Justiniano es, como anota Durcot, un personaje desconcertante. Manifiesta algunas ideas que no corresponden a la imagen que nos haríamos de un sacerdote teológicamente formado. Llama la atención, en especial, su concepción teológica y su concepto de la fe. Ambos registran rasgos insólitos, como por ejemplo, una idea que persigue al sacerdote desde su juventud y de la que hace partícipe a Durcot. Es una idea que él califica de "soplada por el diablo" y se refiere a los ángeles ante los que ha reaccionado siempre con indiferencia, hasta que descubre que su actitud se debía a que "no tienen sexo". La asexualidad de estos seres divinos lo desorienta. "Uno piensa que si esta indefinición sexual en los ángeles, los hace... neutros a nuestro afecto". Justiniano explica que se corporaliza a la divinidad para hacerla objeto de amor humano y a la vez se interroga: ¿Es que el hombre, digo yo, ha necesitado representárselos así para amarlos más profundamente; o simplemente, que si fueran de otro modo, no los amarían en absoluto? Porque es difícil amar lo que no se comprende...

Esta afirmación denota una fe vacilante que exige demostraciones sensibles para sostenerse, que no se abre fácilmente al misterio y con él a la aceptación de una cantidad de cosas inverosímiles.

Justiniano reclama una representación humana de la divinidad para —a través de la semejanza— lograr amarla aunque, en algún caso, aquella lo defrauda, lo atemoriza. Confiesa a Durcot:

¿Se figura usted que yo me detenía extasiado a mirar la imagen de Cristo? Pues no. Le aseguro que nada me inspiraba tanto temor como esa mirada azul y fría, en la que no podía encontrar el menor signo de humanidad. Cada una de sus pupilas me parecía el platillo de una balanza, donde me estaba pesando constantemente (...) "Un monstruo" (...) Un gnomo, un centauro, me hubrían parecido más reales.

Al describir a Cristo, tenemos la impresión que esté viendo a Dios, un Dios juez. Es una definición insólita para un sacerdote, parece encubrir una aversión por la justicia divina; a ésta sigue otra inusual y extraordinaria, que suena como una apología del Mal: Con el demonio, en cambio, solía hacer mejores migas. Nos comprendíamos mejor. Mi naturaleza, hecha de pecado, era la suya. Me inspiraba piedad y hasta un

sentimiento de afectuosa comprensión.

Justiniano quiere desmitificar el demonio, no siente aversión por él, sino compasión; el diablo es un ángel caído a la humanidad, lo comprende y eso puede significar una solidaridad con el Pecedor, parece sentirse más próximo a su figura que a la de Dios. Sin embargo, tampoco se siente muy alejado de Dios, porque dice a Durcot: Pero otro día le contaré cómo trabé amistad con ese personaje que a mí y a usted nos atormentó tanto. Y si usted quiere, se lo presentaré. Se sorprenderá de no haberlo reconocido antes.

Esta afirmación confirma que al hablar de Cristo, se está refiriendo a Dios, dado que es la figura de Dios la que inspira temor a Durcot. Cuando ofrece presentárselo, supone intimidad y tenemos la impresión que el Dios al que alude Justiniano, no lo busca como tal, pero lo encuentra, lo reconoce en el hombre.

Debemos subrayar el aspecto contradictorio de la personalidad del sacerdote. A solas, en su autoanálisis, se cuestiona sobre su vocación, acusa dudas, reconoce su tibieza, en cambio cuando habla con Durcot parece hallarse firme en su posición, busca argumentos para persuadirlo, pero sus palabras suenan

como si quisiese convencerse a sí mismo.

Cuando Durcot sostiene que la fe encubre la debilidad humana y ésta es la que hace aferrarse a Dios, el sacerdote afirma que Dios nos ha hecho débiles "para que no podamos prescindir de su ayuda (...) Y eso no es crueldad, sino amor. Amor egoísta, es cierto, pero amor".

Esta es una concepción absurda del amor divino. El verdadero amor, incluyendo el humano, es una lucha por la superación del egoísmo y el amor divino, gratuito en sí, el ágame, no puede contener el rasgo humano del egoísmo; ese sentimiento no es amor, ni es imputable a Dios. Justiniano quiere humanizar a Dios, pero lo vuelve demasiado humano, debilita su figura. Pregunta a Durcot: "¿Usted nunca ha sentido la tentación de crear una necesidad para la que usted mismo pueda ser después la satisfacción? ¿No? Yo sí". Para corroborar su afirmación trae a colación un recuerdo infantil: Soñaba que mi madre se volvía ciega y que desde entonces yo era su lazarrillo. Me decía que yo no buscaba su ceguera sino como el medio de consagrarle mi vida, que, de otro modo, no la habría necesitado.

Quiere demostrar con ese ejemplo, que Dios construiría la debilidad del hombre con el fin de que éste se halle obligado de acudir a él. Pero este recuerdo parece encubrir algo relacionado con el pasado de Justiniano. Se podría deducir que él amaba a la figura materna, dura, distante, que tal vez no llenaba sus requerimientos afectivos y el deseo de imaginaria desvalida, no autosuficiente, lo constituiría a él necesario, indispensable, podría dar pruebas de su dedicación y obtener gratificaciones.

También puede sugerir que de no haber sido ella fuerte, impositiva, él hubiese podido elegir su propia vida, siendo ella débil y él fuerte, se hubiese entregado a ella, y no al sacerdocio. Al argumento de atribuir a Dios un amor egoísta añade otro,

cuando señala las huellas de las rodillas de los fieles que han gastado la alfombra de la iglesia; ve en esa manifestación de la fe colectiva, una prueba objetiva con la que intenta vencer el escepticismo de Durcot: Si el hombre ya ha dado suficientes muestras de que necesita creer, entonces existe eso que cree. Porque necesita, nada más. Y esto ya es bastante. ¿Para qué pensar si realmente existe, independientemente de la necesidad espiritual del hombre?

Esta afirmación simplista, le parece definitiva; equivaldría a afirmar: necesito creer, luego existe lo que necesito creer. Justiniano considera haber dado con la prueba irrefutable de la existencia de Dios y en su intento por persuadir a Durcot, olvida que la fe rechaza todo silogismo, todo argumento racional, porque, como afirma Kierkegaard, "la fe empieza donde termina la razón".





Mirta Aguirre

Mirta Aguirre Carreras. Doctorada en Derecho Civil, poeta, periodista y escritora crítica (Cuba, Octubre 18 de 1912 - Agosto 8 de 1980). Durante el gobierno de Gerardo Machado y Morales, fue exiliada a México por ser parte del Partido Comunista. Entre otras publicaciones, colaboró en "Mensajes", "Mediodía", "Cuba", "Socialista", "Casa de las Américas" y "La palabra". Fue galardonada con el Premio Justo de Lara (1945) y, dos años después, con el Primer Premio en los Juegos Florales Iberoamericanos con su ensayo "Influencia de la mujer en Iberoamérica"

Infancia

Hay un muerto en el fondo.
Un cadáver de niña
fatigando la arena,
unos ojos sin vida
navegando mis ojos,
unas manos azules
en la opaca epidermis
de mis sienes.
-Es el llanto
que nunca vio la tierra,
Es como un fino gajo
de niebla temblorosa.
Como un quieto fantasma
que levanta las manos,
sus transparentes manos
de niña asesinada.
Como un grito sin nombre,

voz de niño quebrando
los cristales del miedo,
voz de niña apagada,
oprimida, deshecha,
me persigue y se duerme
aquí en la carne viva
de mi angustia,
me persigue y se enreda
en la apretada fuga
de mi remordimiento.

Hay un muerto en el fondo.
Un niño que se estrecha,
roto, contra mi pecho,
Un cadáver de niña
entre mis brazos, siempre.



Malgré Tout

Esto de tener el sueño
caído entre los brazos
como una madre
su hijo muerto
sólo porque el camino
tropieza una montaña
y hay bosques en las sendas...

Mírame...
Tengo los brazos fuertes
y Peer Gynt ha quedado
preso en mis pupilas.
Tengo ancho el aliento
y ancho el pecho
Y mil leguas palpitan
en mi español sin zetas.
Por mi cauce fluyen aguas
de todos los ríos
una estrella está oculta
en mi mano cerrada
y el rumor de la vida
que crece y que crece
hasta hacerse gigante
llega intacto a mi oído.

¡Mírame...!
Tengo vigor de trópico
y su policromía
aunque me veas grisácea
y mi grito es único
como el del estaño.
Y aunque un pudo ser
es cuanto guardo
de las sombras perdidas,
aunque me veas sentada
al borde de la tienda
dolorosa de ausencias,

¡Lo tengo todo entre los dedos!
Y aquí estoy
llena la boca de palabras no dichas,
de semillas de árboles
ni siquiera frustrados,
con el sueño caído sobre el hombro
como un hijo muerto...
¡Pero, aún, con Peer Gynt
preso en los ojos!

Todo puede venir

Todo puede venir por los caminos
que apenas sospechamos.
Todo puede venir de dentro,
sin palabras,
o desde fuera, ardiendo
y romperse en nosotros,
inesperadamente,
o crecer,
como crecen ciertas dichas,
sin que nadie lo escuche.
Y todo puede un día
abrirse en nuestras manos
con risueña sorpresa
o con sorpresa amarga,
desarmada, desnuda,
con lo triste de quien
se ve de pronto
cara a cara a un espejo
y no se reconoce
y se mira los ojos

y los dedos
y busca su risa
inútilmente.
Y es así.
Todo puede llegar
de la manera más
increíblemente avizorada,
más raramente lejos
y no llegar llegando
y no marcharse
cuando ha quedado atrás
y se ha perdido.
Y hay, para ese encuentro
que guardar amapolas,
un poco de piel dulce,
de durazno o de niño,
limpia
para el saludo

Lo humano en los claustros eclesiásticos

Una mirada desde la literatura

Segunda y última parte

Por la mente de Sor Agueda pasan fragmentos de los confesionarios. Según la monja, el confesor realizaba preguntas que hacían vibrar de pavor su carne, "me arañaron la médula y me dieron la sensación de que mi conciencia caía a un abismo abierto". Por la noche en sus aposentos la novicia sentía la "tentación de conocerse, de mirar su cuerpo y palparse...". Estos relatos muestran la pugna interna entre la santidad y la tentación atribuida al demonio. La religiosa llegó a confesar a su interlocutor: "Yo sé que no estoy hecha para la vida conventual, deseo una nueva vida, un poco de afecto y otro poco de sol en el alma".

La historia de Sor Agueda conmovió a Juan José que decidió protegerla en casa de una anciana viuda. Pasado un tiempo, la amistad y el cariño se fue añanzando entre sus protectores y la ex monja, y cada que podía ella se desahoga recapitulando los "hechos delictuosos cometidos por los más fervientes católicos, simuladores de la santidad y condecorados por el Papa, cometen atrocidades y los frutos de sus milagros quedan en el arroyo para que un alma verdaderamente caritativa los recoja y los eduque; santiones que dejan que las mujeres víctimas de sus concupiscencias perezcan en los hospitales o en cualquier parte".

"De las penumbras del claustro a la luz de la vida" es como la ex religiosa denominó a esta nueva etapa de su vida, cargada de ilusiones y esperanzas. Pero una tarde apareció en el taller de la viuda el ex confesor de la hermana Agueda acompañado del reverendo Padre Daniel. A partir de ese día frecuentaron las visitas de los dos sacerdotes a la casa de la anciana, bajo el pretexto de recapacitarla para que vuelva al santo redil la oveja descarriada. Dentro de poco se presentó sólo el joven clérigo, llegando a pasar varias horas con la muchacha hablando del amor de Dios. Esos encuentros íntimos hicieron que floreciera deseos libidinosos: "La ex monja, sea porque todavía ejercían sobre su voluntad el imperio de las sotanas, sea porque era débil de carácter, no se sentía con fuerzas para su contrariedad ante el clérigo". Es así que los amantes decidieron fugarse para consumar sus deseos de la carne.

Después de un tiempo este hecho fue denunciado por Juan José al Ilustrísimo Obispo. Y este le respondió: "¿Cómo es posible, Dios santo, que este infeliz, recién ordenado cometa atrocidades semejantes con una... mujer, por una pecadora! Si ha llegado a tales extremos quiere decir que no tiene vocación. ¡Está siguiendo el camino de Lutero!". El Obispo para apaciguar la inquietud del denunciante, le pidió que deje el caso en manos de la Iglesia, "además pediré a Dios que me ilumine para no equivocarme mi severo juicio y la sanción que esa conducta depravada merece". Según refiere la novela, el Obispo a fin de acenar los comentarios que habrían de dar mayores proporciones de escándalo, determinó alejar al Padre Daniel y refugiarse en un alejado pueblecito del altiplano mientras la hojarasca levantada en torno al acto pecaminoso —por el viento de la murmuración— cayese al olvido para ocultar una vez más las desnudeces del clero.

Un debate vigente

Los relatos señalados se adscriben a las rarezas de la bibliografía boliviana. Se trata indudablemente de una literatura polémica y poco difundida. Posiblemente, estos trozos literarios produjeron alguna molestia al clero y a la sociedad conservadora de su época. Pero no llegaron a generar un debate profundo por parte del sector universitario, intelectual y político. Los escritos de Alberto Ostria Gutiérrez y José Liborio Vargas tienen el valor de poner el dedo en la llaga, denunciando la existencia de una doble moral anidada en los claustros eclesiásticos, siendo este aspecto altamente cuestionable por la prevalencia de un carácter santunón por parte de algunos predicadores del "Bien". Es necesario, entonces, discutir acerca del verdadero rol de la iglesia en la actualidad y en qué medida continúan arrastrando las viejas y enraizadas denuncias de los hombres y mujeres vestidos con sotana.

Fin

Freddy Zárate. La Paz. Escritor.

Manual para abusar del poder



TEOREMAS POLÍTICOS

La razón ha permitido al hombre construir una ciencia perfecta: la ciencia matemática. Hobbes sostiene que para desarrollar una teoría sobre alguna región de la realidad o algún aspecto de nuestra experiencia, debemos proceder como procede el matemático: debemos buscar, primero, verdades evidentes, universales y necesarias, y de ellas deducir todas sus consecuencias. De esta manera lograremos adquirir los conocimientos deseados en forma rigurosa.

Partiendo de esta concepción, Hobbes propone elaborar una teoría del poder político que pueda compararse, en rigor y perfección, a la geometría. En ella, todo lo que no sea estrictamente racional queda definitivamente excluido. Ni la tradición, ni la religión puede intervenir en la precisa urdimbre de sus conceptos y de sus derivados deductivos.

Hobbes no sólo quiere fundamentar el poder de manera racional. Pretende, además, en su sistema, demostrar que la monarquía absoluta es la única forma de gobierno racionalmente aceptable. ¿Por qué se afana por llegar a esta conclusión? Seguramente porque le tocó vivir la tremenda experiencia de la revolución de Cromwell, de la ejecución de Carlos I y del caos que se produjo durante todo el proceso y, sobre todo, después de la muerte del protector. Durante la revolución, su vida corrió peligro y se vio obligado a huir de Inglaterra y refugiarse en Francia.

Para demostrar que el mejor gobierno era la monarquía absoluta, escribió varios tratados, siendo el principal una obra extraordinaria que tituló *Leviatán*, tomando la palabra del Antiguo Testamento, en el que significa un monstruo de inmenso poder; porque el Estado debía ser, en su concepto, todopoderoso para que la sociedad pudiera marchar en orden y pudiera florecer en ella el bienestar general. De acuerdo a su método, partió de tres principios que consideró como evidentes y fundamentales.

LA NATURALIZACIÓN DEL EGOÍSMO

1) Todo individuo tiene el derecho de autoconservarse y de oponerse a aquello que tienda a causarle daño. 2) Todo individuo tiene derecho de utilizar los medios que le permitan alcanzar sus fines (en términos precisos: todo individuo tiene el derecho de perseguir, egoístamente, su bienestar). 3) Los individuos deben cumplir sus pactos.

Para Hobbes es una verdad evidente que los seres humanos son radicalmente egoístas y que cada persona sólo persigue su propio beneficio. Por eso, si no se hace un pacto social en el que todos deleguen el mando en una sola persona, la sociedad no puede marchar en orden porque, debido al egoísmo intrínseco de cada uno de sus miembros, se producirá un estado de guerra generalizado que llevaría a la imposibilidad de la vida social. Por esta razón la delegación de poder debe ser absoluta, pues, de otro modo, el gobierno se hace difícil o imposible debido a las discrepancias y contraposiciones entre los que toman las decisiones.

Desde luego, como muestra la razón, la decisión para hacer el pacto es tomada por los individuos que integran el cuerpo social. No hay ninguna razón para que un individuo tenga

mando sobre los demás, salvo el consenso colectivo. Pero mediante el consenso, que se expresa en el pacto o contrato social se puede delegar el mando y se puede haber la manera absoluta. Una vez que se hace el pacto, debido al tercer principio supremo del comportamiento racional, tiene que cumplirse. De este modo la sociedad entera queda sometida al mando del monarca absoluto y, gracias a esta sumisión, voluntaria en el origen, los ciudadanos logran una garantía de que sus intereses serán respetados y que los conflictos entre ciudadanos eran resueltos de manera armoniosa y justa.

LA SOMBRA DE UN PENSAMIENTO

Hobbes estaba convencido de que, gracias a su método racional, había logrado fundamentar el poder absoluto de los monarcas de manera incontrovertible. Y sus tesis contribuyeron en no poca medida a afianzar el poder absoluto de Carlos II. Pero si se somete su obra a un análisis racional riguroso, se llega a la conclusión de que queriendo apoyar la monarquía absoluta, en realidad estaba contribuyendo a destruirla.

Al rechazar la tradición y la religión como fundamentos del poder, y al afirmar que el fundamento último del poder es el consenso, mostró que la monarquía no tenía más fundamento que la voluntad popular. En consecuencia, la misma voluntad popular que había delegado el poder al monarca absoluto, podía retirárselo.

Para evitar esta consecuencia inescapable, Hobbes comete un sofisma: sostiene que los pactos deben ser cumplidos siempre. Esto es correcto si las partes que han hecho el pacto lo cumplen. Pero si una de ellas lo viola, las otras no tienen por qué seguir respetándolo. El pacto mediante el cual se delega el poder absoluto al rey, presupone que el rey gobierna para el beneficio de la colectividad. Pero si, abusando del poder absoluto que se le ha delegado, procede de manera arbitraria, utilizando en forma despótica y cruel la fuerza que se le ha conferido, los ciudadanos no tienen por qué seguir soportándolo. Y desgraciadamente, este abuso se produjo. El gobierno de Carlos II fue desastroso.

Seguramente Hobbes procedió con la mejor buena fe del mundo. Mas, la buena fe no basta para convencer. Sus argumentos fueron, en parte, erróneos. Pero en el planteamiento fundamental fueron acertados: sólo la razón puede ofrecer un fundamento aceptable del poder. Sin proponérselo, su obra fue uno de los importantes afluentes del gran río que, en nuestro mundo moderno, condujo hacia la democracia; sistema político que, por ser el más racional de todos, es también el más humano.

Francisco Miró Quesada.
Perú, 1918. Filósofo y Periodista.



Gloria a Cochabamba

Discurso pronunciado por el escritor Casto Rojas durante una reunión de residentes cochabambinos en La Paz durante la Presidencia de José Enrique Hertzog Garaizábal, cuyo gobierno transcurrió entre 1947 y 1949



Permitidme que a título de ser el residente cochabambino más viejo de la ciudad de La Paz, dirija unas cuantas palabras para hacer notar la singular importancia que reviste esta fiesta de familia.

Aquí estamos congregados con el más puro de los sentimientos patrios para rendir a la gloriosa efemérides de la tierra natal, el homenaje de nuestra emocionada admiración y gratitud. Y tan noble celebración tiene la virtud de juntar en torno a esta modesta mesa, a los más conspicuos personeros de la Patria y de La Paz, encabezados por el Excmo. Señor Presidente de la República, Dr. Hertzog, cuya sola presencia es el mayor halago para los cochabambinos en el día más solemne de su historia.

Fieles a los dictados tradicionales de la hospitalidad de nuestros valles, queremos tender simbólicamente nuestros mejores "chusis" -tradicional tejido primoroso- sobre los asientos más acogedores del rancho sombreado por el "chilicchi" familiar y decir a nuestros ilustres huéspedes:

"Descansad, nobles señores, en esta humilde morada. Vuestra presencia aquí es una honra y una fiesta para nosotros".

Si las palabras no son dichas en idioma vernáculo, traducen, en cambio, fielmente el espíritu sencillo y afectuoso de nuestras buenas gentes. Queremos ser intérpretes de esa afectuosidad campesina que, como en

las laderas de nuestros valles, brota espontánea a manera de arroyo cristalino para regar alegremente nuestras campiñas.

Esta fiesta, no obstante su llaneza lugareña, reviste un hondo sentido de confraternidad nacional. Aquí estamos reunidos para recordar la revolución del 14 de Septiembre de 1810, hecho glorioso cuya patriótica inspiración pertenece a todos los bolivianos, como pertenecen a cada uno de nosotros los hechos gloriosos de Chuquisaca, La Paz, Oruro, Tarija, Santa Cruz y Beni, que amasaron con su sangre generosa esta obra magna que es la Patria común.

La celebración de las efemérides locales, lejos de ser motivo de egoísmos lugareños, constituye para nosotros un elevado índice de civismo. Desgraciados los pueblos que olvidan sus gloriosas tradiciones, y no buscan en ellas la inspiración patriótica que los conduzca al elevado concepto de la Patria grande. Así como en la aritmética de la vida, las pequeñas cantidades forman la suma total del mundo, en la dinámica de los pueblos, la suma de sus hechos gloriosos, forma el guarismo total de la nacionalidad triunfante.

Bendigamos al cielo y a la historia que nos hayan colmado de tantos fastos gloriosos, que son los cimientos inmovibles de una Nación tallada en el cuarzo metalífero de los Andes y revestida con el opulento ropaje de sus paradisíacas praderas orientales.

Todo cochabambino en cuyo corazón vive para siempre el alma de un hortelano, os dirá que la brillante floración de un duraznero revela savia vigorosa y es promesa de frutos óptimos y sazonados. Así es la flo-

ración de las glorias de la Patria. Ellas se cuajan en el árbol de la nacionalidad en frutos de grandeza y prosperidad.

Nuestra vieja canción cochabambina cantaba antaño las glorias locales con una inspiración bucólica, trasunto fiel de nuestra campiña florida. He aquí su cuarteta inicial:

*Cochabamba, la bella amazona,
de laureles y flores ornada
sus pasadas victorias recuerda
del Tunari a los pies reclinada.*

Esta canción romántica, ha sido completada con una marcha guerrera en la que el genio de la raza ha esculpido

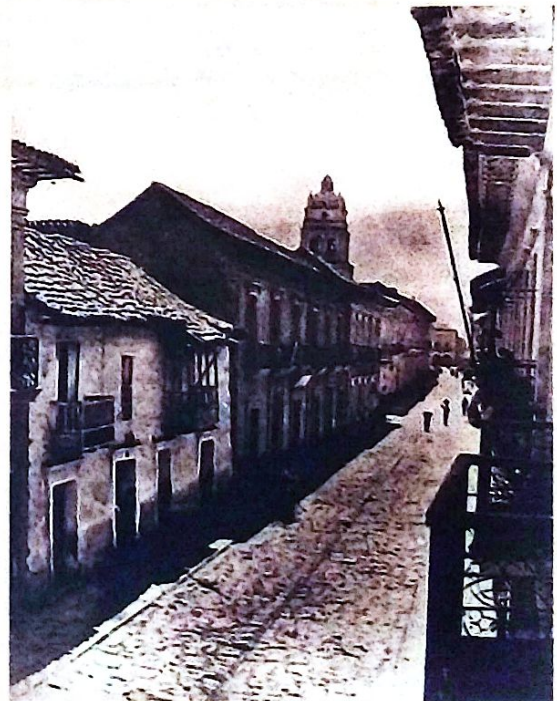
esta frase épica:

*¡Qué sublime es llegar a la cima
dar un beso a la gloria y morir!*

Eso es Cochabamba. La tierra florida grata al dulce descanso de la paz y la fuerza que llega a la cumbre en pos de un ideal de gloria para darle el beso sublime del sacrificio.

Es el Pueblo de Septiembre que vuelve al terruño con laureles de Aroma, y es la mujer cochabambina que sube al Cerro de la Gloria para besarla en la epopeya más grandiosa de la Patria.

¡Gloria a Cochabamba!



Casto Rojas Bautista nació el 23 de enero de 1879 en Anzaldo, capital de la segunda sección de la provincia Esteban Arze del Departamento de Cochabamba. Sus padres fueron Don Manuel Carmelo Rojas y Doña Juana Bautista Quezada. Ejerció la abogacía y el periodismo. Realizó labor política a partir de 1904. Fue nombrado Director de "El Diario" en 1916. Como amante de la cultura y bibliófilo, creó la Biblioteca del Banco Central a fines de 1941. Fue miembro fundador de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española; Miembro de la Academia Nacional de la Historia, del Ateneo de Bolivia y la Sociedad Geográfica de La Paz; Miembro del Colegio de Abogados y Miembro de la Sociedad Bolivariana de La Paz. Falleció el 15 de marzo de 1973.